

Capítulo 12

El relato de Estela. Análisis de *Cielos de la tierra* desde la lectura del problema del otro

*Flor Nazareth Rodríguez Ávila
Elsa Leticia García Argüelles*

Tal vez es una manera de ser subversiva, pero en lugar de poner bombas, quiero sacar del entierro a las bombas que no estallaron. No las quiero para que estallen sino para tenerlas presentes.
–Carmen Boullosa

DOI: <https://doi.org/10.61728/AE26004006>



Introducción: La narración del yo femenino y de la otredad

Carmen Boullosa es una autora mexicana que escribe, entre otros temas, sobre México y su cultura; solo que, a diferencia de varios autores que ponen “lo mexicano” en primer plano, Boullosa lo hace “casi” sin intención. No vemos en sus páginas la trama de *Como agua para chocolate* (1989) de Laura Esquivel con el tema de la comida, o Paco Ignacio Taibo con los personajes históricos en el centro de la historia; ella se regocija en poner sobre la mesa un tema, incentivando una discusión sobre situaciones cotidianas, pero sumamente complejas sobre México. La historia y lo mexicano están presentes en relación con el lenguaje, y como en este caso, con la memoria y la escritura. En *Cielos de la tierra* (1997) se desarrolla una trama que gira en torno a tres narradores: Hernando, Estela y Lear. Los tres habitan espacios y tiempos completamente diferentes: el primero vive en la recién creada Nueva España en el siglo XVI, Estela en la Ciudad de México durante el siglo XX y Lear habita un tiempo y espacios indefinidos que forman parte de un futuro postapocalíptico. Se relacionan entre sí por el diario de Hernando, que Estela traduce al español en el siglo XX al encontrarlo en una biblioteca; durante el proceso, decide integrar su propio diario a la traducción, fusionando las historias de ambos, creando un proceso de palimpsesto. Esta última traducción luego es recuperada por Lear en su otro tiempo del futuro. La novela de Boullosa sorprende por escribirse como si fuera una novela histórica. *Cielos de la Tierra* evoca la memoria y su importancia para el ser humano a través de la reescritura, creando caminos hacia una utopía entre la destrucción y la esperanza de lo humano, ya que la memoria forma parte de la búsqueda de reafirmar la voz de cada personaje y sus relatos.

Las historias de los tres se intercalan en la novela formando la trama principal de *Cielos de la tierra* con cruces entre los tiempos de la historia de México y su compleja conformación como una nueva nación: la mezcla

entre indígenas y españoles. El nacimiento de lo mexicano, o bien de las castas marcadas por el color de la piel, conforma una parte de esta trama. La historia que se abordará en el presente capítulo se centra en Estela, la narradora mexicana del siglo XX, la cual se topa de frente con la vida de un indígena del siglo XVI; y que, al rescatarlo, rescata su propia vida. En la piel se centra el vínculo de ambos narradores —por su color y su percepción—, haciendo evidente que el color de la piel genera una idea del “otro” y acciones concretas con consecuencias directas en la forma de vida. Con la lectura del texto de Hernando, Estela se da cuenta de su propia vida. No solo traduce a Hernando del latín al español, sino que lleva a cabo una toma de conciencia en la que la percepción de sí y de lo indígena da un giro.

Con el fin de proponer el análisis del relato de Estela, se parte del hecho de que es una joven mexicana que lee el texto de un indígena del siglo XVI, que vive de primera mano las vejaciones de la conquista. En el entorno de Hernando, el encuentro con lo “otro” es particular; refiere el encuentro de dos mundos desconocidos, de dos lenguajes y pieles que contrastan entre sí. Para hablar de los textos de la época de la conquista, Todorov (2008) se enfoca en dos elementos fundamentales: primero, el acontecimiento de la conquista, y segundo, las versiones existentes, versiones escritas desde el lenguaje y la mirada del vencedor: el español. *La conquista de América: El problema del otro* (2008) proporciona un ángulo particularmente interesante sobre los textos de la época novohispana; parte de una cuestión fundamental para la lectura y comprensión de la época de la conquista: “El único remedio es no leer estos textos como enunciados transparentes, sino tratar de tener en cuenta al mismo tiempo el acto y las circunstancias de su enunciación” (Todorov, 2008, p. 60). Los textos sobre la conquista están escritos desde la visión del vencedor. ¿Qué ocurre entonces cuando Estela lee un texto escrito en latín por un indígena que vivió los primeros años del recién creado mundo novohispano? Ella traduce ese conflicto no solo del latín al español, lo lleva al cuerpo, a la piel, y destaca un problema que aún en el siglo XXI sigue vigente: la piel determina la percepción de las personas en México.

Las versiones escritas de la época vienen del español y forman parte de la percepción del español sobre el indígena. El personaje de Estela

lee a Hernando no como indígena, sino como mexicana: “Al lado de los mensajes voluntarios pero que no comunican lo que sus autores hubieran querido, hay otros, que no parecen hechos a propósito pero que son igualmente desafortunados en cuanto a sus efectos” (Todorov, 2008, p. 97). En la novela de Boullosa, el personaje de Estela aborda desde una concientización la diferencia racial desde una aparente unidad, y pone sobre la mesa la apariencia y realidad del color de la piel en el México contemporáneo.

El color de la piel

El relato de Estela no comienza con una relación del texto que la ha encontrado, comienza con lo que puede considerarse un punto medio, pues ya tiene en su poder el relato de Hernando y ha comenzado a traducirlo del latín al español. Así su relato se abre para dar paso a su historia estrechamente vinculada al texto que traduce y que ella irá hilando de manera personal, familiar, generacional y nacional. Si bien la novela no comienza con su intervención, sino con la de Lear —lo que da una idea del todo temporal de la novela—, y a pesar de que las intervenciones de Estela son menores en comparación con la de Hernando y Lear, su historia da cohesión al argumento y ata las historias de los otros dos narradores al contexto del siglo XX. No solo se trata de continuidad, sino de evidenciar el fuerte nexo que cada una de las historias tiene con su contexto temporal, creando una lectura e interpretación que se reescribe en el tiempo y que da forma a la memoria, a veces con el tono de historia, a veces con el tono de ficción, y así se entretajan los relatos de los tres narradores. En ese orden, la intervención de Estela parte de una genealogía que recuerda mucho a las familias mexicanas que destacan el color de la piel. Así, el relato de ella adquiere el mismo tono íntimo y el mismo orden que el de Hernando:

Quiero decir por qué demonios me importó tanto lo que por casualidad vino a dar a mí, y por qué me dispuse a reescribirlo. Lo hago para mí, para nadie más. Me importa sobremanera. A su modo es mío, pertenece a mi propia historia, está en mi génesis,

en mi nacimiento. Es mi hoy también, como mi ayer. ¿Cómo lo explico? Me importa porque [...] Me temo que antes de empezar a traducir, voy a tener que contar ciertas cosas. Armaré una breve sucesión de imágenes como preámbulo (Boullosa, 1997, p. 33).

Las imágenes elegidas a propósito de la historia de Hernando son pequeños fragmentos de su vida en los que sobresale un aspecto de su historia familiar, el color de la piel y la pureza de sangre, el primero por el lado materno y el segundo por el paterno. Así las intervenciones de Estela están marcadas por esta liga con el alumno del Colegio de la Santa Cruz: la piel y la raza. Con una casualidad intencionada, Estela comienza a contar un episodio de su vida en el que recuerda una imagen clara: su abuela le da consejos sobre cómo cuidar su piel y le aconseja no usar crema “Nivea” porque contiene glicerina y esta oscurece la piel. El comentario hecho así en una situación cualquiera, bajo el signo de la cotidianidad, revela parte de la forma de pensar de su abuela, de su visión de mundo, de cómo acentúa el tono íntimo y generacional con el que la narradora comienza a ligar su historia y la de Hernando:

De pronto, entre la abuela y la nieta cae una enorme lata azul con blancas letras (Crema Nivea), que cobrando la forma de una franja azul, las divide, salpicándolas con goterones de ese color. Del lado de la abuela, las salpicaduras azules se vuelven blancas; del lado de la nieta, oscuras, “morenas”. Del lado de la abuela, las blancas salpicaduras cobran forma de sombrillas bajo las que pasean mujeres de piel blanca, vestidas de lardo en sedas, brocados, encajes y bordados [...] Mientras más blancas, las mujeres se ven más deslumbrantemente hermosas (Boullosa, 1997, p. 39).

Hay una diferencia sustancial entre la generación de la abuela y la de la nieta. Esta brecha se concibe sobre todo por la diferente aceptación que puede llegar a tener el color de la piel, y desde el contexto de ambas, ese color ha cambiado con los años y sobre todo por la región que habitan. La abuela creció en Tabasco, al sur de México, en un lugar donde la diferencia racial es muy marcada y se acentúa por la situación económica

de las razas. Así como en la colonia las familias españolas y mestizas trataron de conservar ciertos rasgos, en la familia de la abuela materna de Estela esa costumbre siguió hasta antes de la Revolución Mexicana. No obstante, del lado de la joven Estela, esa piel morena adquiere otras connotaciones de clase que para la generación de su abuela: “repetí adentro de mí, ‘las oscurece’ [...] El término no me decía nada [...] Hacía dos días que habíamos llegado de pasar tres semanas en Acapulco, tostados y negros como la noche. ¿Qué más daba que se nos oscurecieran las manos” (Boullosa, 1997, p. 36).

El comentario de la abuela sobre el oscurecimiento de la piel, dicho así tan al azar, implica pensar en la concepción de su generación sobre el color de la piel y en una herencia que no está del todo olvidada, puesto que sigue vigente incluso en quien no piensa que sus comentarios sobre el tono de la piel sean peyorativos: “Tampoco me expliqué a mí misma que su comentario, injustificable, en cualquier caso, era un resabio de su infancia. La abuela nació y vivió cerca de Comalcalco, Tabasco, y muchos de sus parientes vivían en Chiapas” (Boullosa, 1997, p. 36). Si bien, la narradora no justifica del todo el comentario de la abuela, en su lógica encuentra el sentido para encausarlo sin dañar la imagen familiar, pero el énfasis sigue ahí, señalando la importancia de la diferencia del color de la piel.

Volvamos a leer las frases admirativas de Cortés. Una cosa impresiona en ellas: con pocas excepciones, siempre se refiere a objetos: la arquitectura de las casas, las mercancías, las telas, las joyas. Cortés [...] cae en éxtasis frente a las producciones aztecas, pero no reconoce a sus autores como individualidades humanas que se pueden colocar en el mismo plano que él (Todorov, 2008, p. 139).

En la narración de Estela, al observar los comentarios de la abuela preferida sobre raza y color de piel, se asumen como parte de ese retrato familiar. Estela no está exenta de esa narrativa; con el relato de Hernando toma conciencia y reflexiona sobre un tema que anteriormente no había tenido relevancia para ella, porque ella no había sido juzgada por su color

de piel y porque ella misma pertenece a un grupo que se percata, por el relato del “otro”, de una situación que no había vivido, aunque su piel se tueste por el sol. En otras palabras, todavía no había reconocido al “otro”; es hasta que encuentra el relato de Hernando que ve directamente una realidad de la que no había sido consciente.

De acuerdo con estas características presentes en la lectura del fragmento dedicado al color de la piel y a las tareas asignadas conforme a él, la narradora continúa su historia, relatada por imágenes creadas a propósito para escenificar el punto que quiere explicar. Y con el fin de ilustrar lo más posible, divide la imagen en dos: La abuela y a ella, con la excepción de que ella se encuentra en el límite de esa situación con conciencia de la división de pieles, pero a fin de cuentas del lado privilegiado. Del lado de la abuela aparecen esas mujeres que, mientras más blancas, más hermosas, y en esa misma imagen están dos historias, la de los blancos y la de los indios:

Por la acera en la que caminan los hombres y las mujeres descritos, no va un solo indio, pero sí caminan muchos de ellos sobre el lodo de la calle no es de asfalto o piedra, sino de lodo “moreno”, como quienes lo pisan. Tampoco es india ninguna de las mujeres de las mecedoras. De pronto de suelta una lluvia abundante [...] Los indios levantan en hombros a los blancos paseantes para que no se mojen los pies, para que no se los embarren con el agua lodosa [...] los indios se transforman en mulas, y conforme el torrente de agua se vuelve más abundante, en animales mejor hechos que las mulas para llevar la carga (Boullosa, 1997, p. 40).

La imagen racista que podría pensarse que ocurre en el siglo XVI sucede también en el siglo XX. La marginación sigue vigente en ciertas expresiones dichas con banalidad en este recuerdo. La representación es poderosa y revela no solo la fuerte separación social y cultural, sino la distribución espacial concedida a los blancos y morenos. La calle tiene privilegios y el lodo está reservado a los indios que pisan y se hunden en él, como si de él provinieran. Pero la imagen es incluso más enfática, pues

convierte al indio en animal y en máquina de carga, lo insensibiliza y lo despoja de atributos humanos, lo despoja de aquello que podría provocar el más mínimo sentimiento de empatía; con dicha representación logra el efecto opuesto en el lector.

Con esas miradas contrastantes entre lo blanco y lo moreno se abre la brecha, pero más que entre ellas, entre las generaciones que vivieron durante finales del XIX y el XX. Con ello se hace evidente la vigencia sobre el color de la piel: “creo que cuando espetó su opinión sobre el efecto de la glicerina en la piel, las negras sustancias líquidas [...] formaron remolinos de enojo [...] Creo que recordaron quiénes habían recogido las yerbas de que eran extractos, quiénes las habían reconocido en el campo” (Boullosa, 1997, p. 41).

Con el comentario banal, pero no sin propósito, la abuela de Estela habla de los morenos en tono despectivo. Así, el comentario casi inconsciente revela parte de la sociedad mexicana, y de la que se sabe parte de la narradora:

En fidelidad a los indios [...] las sustancias se habían meneado enojadas. Y sé que la abuela [...] se habría avergonzado de su comentario [...] le habrían abierto los ojos [...] explicándole, que aquel orden era perversión pura, desorden del alma colectiva, una de las sogas al cuello de nuestras tierras (Boullosa, 1997, p. 42).

Para sopesar en mayor medida esta brecha generacional y, sobre todo, para enfatizar las costumbres, la narración vuelve a la historia de la abuela, destacando sus años de infancia, cuando vivía en una rica finca: “los indios vivían cerca de la finca. Los varones pastoreaban el ganado de los blancos y las mujeres cosechaban el café de las tierras de los blancos, pero no vivían en la finca. El abundante servicio doméstico era únicamente de mestizos” (Boullosa, 1997, p. 42). Entre la representación de una abuela que perteneció a una clase privilegiada y se vio sometida a diferentes castigos por su género, está la imagen excluida del indio, quien trabajaba para el blanco, pero no podía siquiera habitar el mismo lugar. A diferencia del relato de Hernando, en el que hace explícita su marginación y desplazamiento, la imagen del indio en el relato de Estela es todavía más cruel, porque agudiza la violencia y remarca el no reconocimiento prolongado.

Así el relato de Estela se cierra a los sentimientos de Hernando y explica desde lo familiar y personal un retrato de la sociedad mexicana, porque al hablar de la desgracia familiar durante la Revolución se aclara la fortuna que tuvieron sus hermanos para lograr restaurar parte del patrimonio familiar: “En honor a la verdad hay que agregar que también supieron echar mano de las ventajas que les daba su raza: todos eran blancos como un jazmín, los más tenían los ojos claros, y se les conocía como de ‘buena familia’ ” (Boullosa, 1997, p. 45).

Por el lado paterno, según las palabras de la narradora, la situación es mucho más simple, pues la distinción de razas no era algo que se tomara a la ligera o que se tratara de disimular:

Los apellidos se le repetían como un juego de espejos, de tanto acostumbrar a casarse entre ellos, para proteger la “calidad” de su familia. Cada dos o tres generaciones, alguna de las mujeres se matrimoniaba con un extranjero “de buena familia”, para atraer sangre nueva, asegurándose así de que no fuera a tener ni pizca de india (Boullosa, 1997, p. 48).

En la historia de la abuela materna se disimula la distinción de clases; en cambio, en el relato sobre la familia paterna se hace evidente que lo indio es desagradable y que lo blanco no solo es deseado, sino considerado un privilegio, un signo de superioridad.

Una vez establecida la distinción racial en el México moderno y marcadas las pautas bajo las cuales la sociedad contemporánea diferencia entre el espacio destinado al indio:

me acuerdo cuántas veces me dijo que yo no sabía lo horrendo que era vivir sin agua corriente, sin luz eléctrica [...] no pensaba mi abuela, al comentarlo, en los indios que todavía viven así [...] Condenados a la miseria, vagan en lo que resta del bosque tropical, donde hace cientos de años fueron a refugiarse, como cuentan las crónicas de la Conquista (Boullosa, 1997, p. 47).

La clara delimitación territorial del indio y del blanco (del criollo) es marcada para recordar que no se ha mejorado en esa situación, sino que se ha agudizado con los años, porque ese territorio que alguna vez

fue refugio se ha minado a tal punto que las circunstancias de vida son peores. El espacio habitado, como las imágenes que muestran el lado de la abuela y de la nieta, son dos: dos ciudades en una misma calle, dos realidades marcadas por el color de la piel. A estas contundentes afirmaciones sobre la delimitación espacial y cultural se siguen las que hablan específicamente de la ciudad que se rige todavía por el mismo principio: “Es cierto que vivo en la ciudad de México, que comparto la fantasía de un posrevolucionario país mestizo, pero es verdad también que tengo muy cerca a mi abuela, y que ella habitó un pasado diferente, un pasado que es colectivo y que, además, tiene bastante de presente” (Boullosa, 1997, p. 48).

Con este comentario la narradora engloba lo concerniente a la familia y a la raza, dejando claro el lugar social, cultural y geográfico que el indio y la piel morena ocupan en la imaginación del mexicano. Su habilidad para hilar las voces de sus abuelas con puntos en común resalta esa facilidad para perder la voz del individuo en la colectividad y dar con ello énfasis a la voz del grupo. Así que, una vez terminado el juego familiar de imágenes, se pasa a uno mucho más personal que evoca una relación estrecha con Hernando a través de la religión y de la conversión.

La vida en la piel de Estela

Sin tocar la palabra opresión o violencia, la voz de Estela se sabe parte de otro mundo, una vida marcada por otros rasgos y problemas. Así lo expresa cuando habla de los grandes dilemas de su juventud:

Usábamos blusas oaxaqueñas, de diferentes regiones, o maravillosas prendas bordadas de Chiapas [...] y en lugar de la blusa de seda nos atrevíamos a las brillantes de tafeta de las mazahuas. Pero el “asunto indio” no era una verdadera preocupación, o no lo era tanto como el “asunto negro”, *Black is beautiful*, pero no “Lo indio es lo bello” (Boullosa, 1997, p.198).

La conexión entre el relato de Hernando abre un dilema en el discurso generacional de Estela, quien vivió su juventud en los primeros años de los setentas y experimentó cambios sociales respecto al comportamiento

sexual y social. Incluso se sintió identificada con las luchas del momento, pero su identificación con estas luchas también era lejana de las que se libraban en su ciudad, en su familia y en su cultura.

De nuevo, Estela se asume como observadora y, con ello, ejemplifica a la colectividad mexicana desde un imaginario con respecto al asunto indígena: distante y desinteresada de lo que ocurre cerca, pero indignada por lo que ocurre lejos. Este ejemplo simple y general sobre lo que sucede en la actualidad de la narradora también es una justificación del porqué hacer presente el dilema del indígena de la conquista. La pérdida del territorio como signo de la pérdida de una identidad no solo ocurrió en ese siglo, sino que ha ido ocurriendo de manera paulatina en diferentes épocas y contextos, en los cuales el indio es siempre el “otro”. La importancia de los manuscritos, la reescritura, y la memoria lleva a pensar en los siglos acontecidos con las comunidades indígenas, con lo indígena como “lo otro”, y queda en el aire cuestionar si esto cambiará.

Estos mismos meses, mientras yo tu mosca he sido, una onda de terror ha bajado silenciosa sobre el país que habito. La violencia, Hernando, se ha deslizado hasta formar parte de una cotidianeidad que no pertenece a los tabloides y las páginas de periodiquillos sanguinolientos, sino que es ingrediente de la charla más inmediata [...] ¿Quién ha robado más? ¿Quién defraudó de peor manera, quién echó mano de los bienes del país..? (Boullosa, 1997, p. 146).

Para Estela, la lectura y traducción significan también la visión de la crisis actual de su país. Su contexto, como el de Hernando, se confunde porque en la identificación se da la reciprocidad: “Lo he vuelto tan mío que le he estrangulado del todo. ¿O él me ha estrangulado a mí, y soy yo su voz, tanto y de tal suerte que no lo reconozco como ajeno, independiente a mí?” (Boullosa, 1997, p. 145). La apropiación del personaje significa el redescubrimiento de sí y también la concientización de la crisis de su generación: “Ninguno de los males mencionados parecen expresar del todo el horror que puede sentir la gente de mi generación: de pronto somos como los forasteros de nuestra propia patria” (Boullosa, 1997, p. 148).

Estela vive el despertar como un juego del que desconoce las reglas o, bien, puede verse como la pérdida de la imagen de un ideal. Esta construcción que ella comenzó a fincar en sus años de juventud se desvanece de a poco con la traducción del texto; es decir, mientras más consciente es de la historia de Hernando, así como de las similitudes y diferencias que guardan sus contextos, más crece en ella la disparidad y el extrañamiento de su realidad. Estela no mira al pasado para proyectarlo en el futuro, sino que ve en su presente las carencias y dificultades y observa en ellas el equivalente a un cataclismo. Con este despertar a lo propio, Estela abre una puerta que la deja fuera de su propio presente, es decir, al saberse parte de una realidad cómoda en la que se desenvolvía: su historia familiar, su trabajo que le permite ausentarse para disfrutar la traducción, su estancia en un colegio prestigioso de la Ciudad de México. Su contexto entra en conflicto con el de Hernando y en su apropiación queda dentro y fuera de su propio contexto.

En el juego, entre el relato de Estela y Hernando, la apropiación misma deriva en una imagen que se reescribe, como la del texto que funciona como espejo; sin embargo, en este caso, la imagen se multiplica en la lectura. El espacio creado por ambos es figurativo: una percepción del espacio mexicano, un espacio en la historia y un espacio literario que ahonda en el reconocimiento de lo indígena y en la perpetuación de su marginación desde la época colonial:

Cien años escribe una utopía hacia el pasado, reescribe nuestro pasado porque Latinoamérica soñaba “modernizarse” por medio de la revolución socialista, siguiendo el modelo cubano [...] ¿Con que se estrangula a sí mismo *Cien años de soledad*?... en el Edén garcíamarquiano los indios no son “actores” de este renacimiento de la realidad. El tataranieto del criollo se casa con la tataranieta del aragonés para fundar la estirpe. (Boullosa, 1997, p. 202)

El contraste con la ausencia y presencia de lo indígena en el relato de Estela se da en muchos niveles, desde el color de la piel y su estatus social, hasta la indumentaria de las jóvenes de los primeros años de los setenta

que la usaban como signo de rebelión sin saber lo que significaba o de dónde provenía. Con la referencia a *Cien años de soledad* se reafirma la ausencia y rechazo de lo indígena.

De este modo, con la lectura personal del “otro” a través del tiempo y la genealogía, se forma una visión de esos encuentros para explicar el presente desde los paradigmas cruciales de la identidad mexicana. Así se forma un diálogo entre diferentes tiempos con libertad para crear y enmendar sin necesidad de regirse por la mirada oficial de la Historia. La versión de la conquista que se desarrolla desde la interpretación de Carmen Boullosa, fundada entre genealogías y dilemas occidentales, es una visión que no mira hacia el pasado para evidenciar lo colectivo, sino que destaca desde lo particular el desencuentro entre el mexicano y el indígena.

Notas finales: La palabra y la voz

En el relato de Estela, se hace conciencia del “otro” cercano, es decir, de aquel que vive una realidad completamente diferente a la propia, no solo por el género, sino por el color de la piel. Hernando es un indígena que detona con su relato un despertar en el personaje de Estela, quien choca con un orden que con anterioridad no había cuestionado. Ella con su relato comienza a ver donde antes daba por sentado, y con esta cimiente enfrenta desde la particularidad, sin luchas aparentes y gigantes, su mundo y su voz. El relato de Estela conmueve porque en su individualidad y desde su historia de privilegio adquiere conciencia de la configuración racial y social que no puede cambiar. Ella forma parte de esto. Por más que haya despertado, no está en sus manos intervenir porque el peso del cambio no le corresponde.

La protagonista suma al relato de Hernando su propia historia, la historia de una joven mujer que tiene capacidades sociales, económicas e históricas mucho más ventajosas que las del indio. ¿Estela se apropia del relato de Hernando como el turista de la blusa oaxaqueña o insiste, con su despertar, en ser “otra”? El personaje femenino decide escribir su propia historia en la forma más honesta posible; sabiéndose heredera de una tradición de privilegio y sin renegar de su pasado, escribe su presente.

La realidad del mexicano del siglo XX, sobre todo aquella en la que habita la protagonista, no parece distante de la del siglo XXI. Existe una continuidad en las percepciones y en la vigencia de ideas, pero también rupturas y cuestionamientos personales. El relato de Estela recuerda las tomas de conciencia particulares, aquellas que, como gotas, forman lluvias torrenciales. Su relato invita a ver con otros ojos la realidad que habitamos: una de la que formamos parte y que, quizá sin poder cambiarla, nos lleva finalmente a reconocer al otro en nosotros. La autora, en voz de Estela, crea estos vínculos de voces que se entretejen para pensar relaciones que se inscriben más allá de una mirada limitada, escrituras casi históricas, escrituras que reinventan la memoria para generar cambios en lo mexicano.

Referencias

- Bassetti, Giada. (2009). *El poder subversivo de la novela histórica femenina sobre la conquista y la colonización: la centralización de la periferia* [Tesis de doctorado. University of Florida]. http://etd.fcla.edu/UF/UFE0024691/biasetti_g.pdf.
- Boullosa, Carmen. (1997). *Cielos de la tierra*. Alfaguara.
- Calleweart, Lore. (2010). *Carmen Boullosa en búsqueda de la Identidad mexicana: hacia un análisis de su novelística a la luz de la nueva novela histórica*. [Tesina. Universiteit Gent. Acameiejaar], https://lib.ugent.be/fulltxt/RUG01/001/457/982/RUG01-001457982_2011_0001_AC.pdf.
- López López, Margarita. (2007). *Las voces subversivas en la novelística de Carmen Boullosa* [Tesis de posgrado, University of California, Irvine]. https://studylib.net/doc/9438248/seleccin_tesi_academicas_sobre_boullosa
- Madrid Moctezuma, Paola. (2004). Las narraciones históricas de Carmen Boullosa: el retorno de Moctezuma, un sueño virreinal y la utopía de futuro. *América sin nombre*. 138-146. <https://revistes.ua.es/amesn/article/view/2004-n5-6-la-narraciones-historicas-de-carmen-boullosa-el-retorno-de-moctezuma-un-sueno-virreinal-y-la-utopia-de-futuro>.
- Pirot-Quintero, Laura. (1997). El cuerpo en la narrativa de Carmen Boullosa, *Revista de literatura hispánica*, 45, pp. 267-275. <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss45/>.
- Todorov, Tzvetan. (2008). *La conquista de América, el problema del otro*. Siglo XXI.

Literatura y educación: intersecciones y divergencias

Se terminó de editar en julio de 2026

en los talleres de Astra Ediciones

Av. Acueducto No. 829

Colonia Santa Margarita, C. P. 45140

Zapopan, Jalisco, México.

33 38 34 82 36

E-mail: edicion@astraeditorial.com.mx

www.astraeditorialshop.com

“El presente libro reúne una serie de reflexiones, estudios y propuestas que abordan la relación entre literatura, lenguaje y educación desde diversas perspectivas teóricas y prácticas. Su objetivo es mostrar cómo la palabra escrita —ya sea en forma de relato, análisis crítico, propuesta didáctica o poesía— puede convertirse en una herramienta para la transformación educativa y social, considerando los contextos en los cuales se crea y se aplica.”

ISBN: 979-13-88349-39-3



9 791388 134939 3



Consulta y descarga



astra
editorial